

prendero su espada y su uniforme. Los vecinos devastaron el jardín y saquearon las flores más raras; las demás plantas se convirtieron en abrojos y maleza, y murieron.

Mario, sólo permaneció cuarenta y ocho horas en Vernón. Después del entierro volvió á París, y se entregó de nuevo al estudio de las leyes, sin pensar más en su padre, como si jamás hubiera existido.

A los dos días estaba enterrado el coronel, y á los tres olvidado.

Mario llevaba una gasa en el sombrero. Esto fué todo.

V

Utilidad del ir á misa para hacerse revolucionario.

Mario había conservado las costumbres religiosas de su infancia. Un domingo que fué á oír misa á San Sulpicio, á la misma capilla de la Virgen á que le llevaba su tía cuando era pequeño, estaba distraído y más pensativo que de costumbre; se había colocado detrás de un pilar, arrodillándose, sin advertirlo, sobre una silla de terciopelo de Utrech, en cuyo respaldo estaba escrito este nombre: "Mabeuf, obrero."

En cuanto comenzó la misa, se presentó un anciano y dijo á Mario:

—Caballero, este es mi sitio.

Mario se levantó en seguida, y el viejo se sentó en su silla.

Acabada la misa, Mario permaneció reflexivo á algunos pasos de distancia; el viejo se le acercó otra vez y le dijo:

—Os pido perdón, caballero, por haberos distraído antes y de distraeros todavía un momento; pero tal vez me habréis creído impertinente, y debo daros una explicación.

—Es inútil, caballero,—dijo Mario.

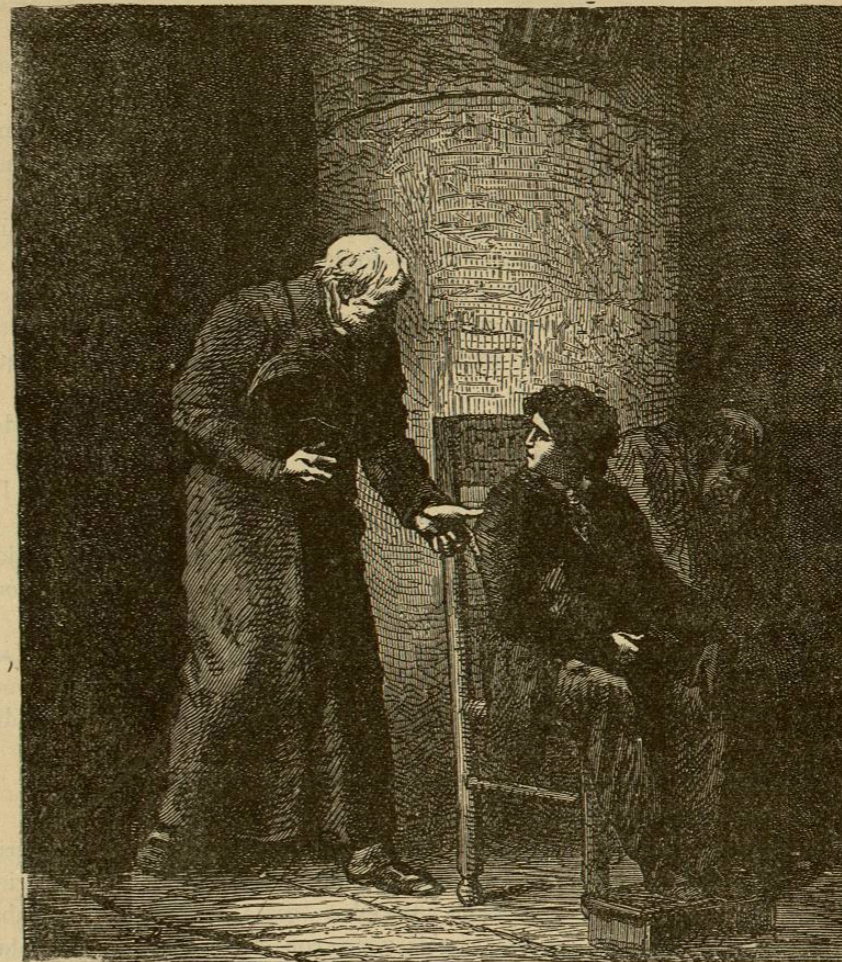
—¡Oh!—contestó el viejo.—No quiero que forméis mal concepto de mí. Este sitio es mío. Me parece que desde él encuentro la misa mejor. ¿Por qué? Voy á deciroslo. A este mismo sitio he visto venir por espacio de diez años, cada dos ó tres meses regularmente, á un pobre padre que no tiene otro medio ni otra oportunidad de ver á su hijo, porque se lo impedían cuestiones de familia. Venía á la hora en que sabía que acompañaban á su hijo á misa. El niño no sabía que su padre estaba aquí; ni aún sabía tal vez el inocente que tuviese un padre. El padre se ponía detrás de una columna para que no le viesen; contemplaba á su hijo y lloraba. ¡Cuánto adoraba al niño aquel pobre hombre! Yo lo veía. Este sitio resulta como santificado para mí, y he tomado la costumbre de oír misa en él. Le preferí al banco de la obra, que tengo derecho á ocupar. Traté un poco al caballero de quien os hablo. Tenía un suegro y una tía rica, y parientes que creo amenazaban desheredar al hijo si veía á su padre. Y él se sacrificaba, porque su hijo fuese algún día rico y feliz. Les separaban opiniones políticas. No desapruébo yo el que se tengan opiniones políticas; pero hay personas que no saben contenerse prudentemente. ¡Dios mío! Porque un hombre haya estado en Waterloo, no es un monstruo; por esto no se debe separar á un padre de su hijo. Era un coronel

de Bonaparte, que ha muerto, según creo. Vivía en Vernón, donde tengo un hermano cura; se llamaba algo así como Pontmarle ó Montpercy. Tenía, por cierto, una gran cicatriz de un sablazo.

—Pontmercy,—dijo Mario, palideciendo.

—Precisamente, Pontmercy. ¿Le habéis conocido?

—Caballero,—dijo Mario,—era mi padre.



El anciano obrero juntó las manos y exclamó:

—¡Ah, sois vos su hijo! Sí, esto es, ahora debe ser un hombre ya. Pues bien; podéis decir que habéis tenido un padre que os quiso mucho.

Mario ofreció su brazo al anciano, y le acompañó hasta su casa.

Al día siguiente dijo al señor Guillenormand:

—Hemos arreglado con algunos amigos una partida de caza. ¿Permitís que me ausente por tres días?

—¡Por cuatro!—respondió el abuelo.—Anda, diviértete.

Y guiñando el ojo, dijo en voz baja á su hija:

—¡Algún amorcillo!

VI

Consecuencias de haber encontrado á un obrero.

A donde fué Mario, más adelante se verá.

Mario estuvo tres días ausente; después volvió á París, se fué directamente á la biblioteca de la escuela de Jurisprudencia, y pidió la colección del "Monitor".

Leyó el "Monitor"; leyó la historia de la República y del Imperio, el "Memorial de Santa Elena", todas las memorias, todos los periódicos, todos los boletines, todas las proclamas, todo lo devoró. La primera vez que encontró el nombre de su padre en los boletines del gran ejército, tuvo calentura toda una semana. Visitó á los generales á cuyas órdenes había servido Jorge Pontmercy, y entre otros al conde H. El obrero Mabeuf, á quien fué á ver también, le contó la vida de Vernon, el retiro del coronel, sus flores, su soledad. Mario llegó á conocer perfectamente á aquel hombre raro, sublime y amable, á aquella especie de león-cordero, que había sido su padre.

Mientras estaba ocupado en este estudio, que consumía todo su tiempo y todos sus pensamientos, no veía apenas á los Guillenormand.

A las horas de comer aparecía; después si se le buscaba no estaba en casa. La tía murmuraba. El abuelo Guillenormand se sonreía:

—¡Bah! ¡bah! ¡Es la edad de los amoríos!—Algunas veces añadía el viejo:

—¡Diablo! Creía que era ello un galanteo, pero voy viendo que es una pasión. Era efectivamente una pasión; Mario iba adorando á su padre.

Al propio tiempo se verificaba un cambio extraordinario en sus ideas. Las fases de este cambio fueron numerosas y sucesivas. Como es esta la historia de muchos espíritus de nuestra época, creemos útil seguir estas frases paso á paso, é indicarlas todas.

Aquella historia en que había fijado los ojos le azoraba.

El primer efecto fué un deslumbramiento.

La República y el Imperio no habían sido para él hasta entonces más que palabras monstruosas. La República, una guillotina entre crepúsculos; el Imperio, un sable en plena noche. Pero acababa de ver ambas cosas, y donde no esperaba encontrar más que un caos de tinieblas, había visto, con cierta sorpresa inaudita, mezclada de temor y de alegría, brillar astros como Mirabeau, Vergniaud, Saint Just, Robespierre, Camilo Desmoulins, Dantón, y despuntar un sol: Napoleón. No sabía donde estaba y retrocedía ciego ante tanta luz. Poco á poco fué pasando el asombro, acostumbrose á aquel esplendor, consideró los actos sin pasión, examinó á los hombres sin terror; la Revolución y el Imperio aparecieron luminosamente en perspectiva ante sus ojos, y vió á cada uno de aquellos dos grupos de sucesos y de hombres reunirse en dos grandes hechos; la República en la soberanía del derecho cívico restituido á las masas; el Imperio en la soberanía de la idea francesa impuesta á Europa; y vió salir de la Revolución la gran figura del pueblo, y del Imperio la gran figura de la Francia. Y declaró en su conciencia que todo aquello había sido bueno.

Lo que pasó desapercibido á su deslumbramiento en esta primera apreciación demasiado sintética, no creemos del caso consignarlo aquí. Lo que pintamos es el estado de su espíritu en marcha; y los progresos no se hacen en una etapa. Dicho esto de una vez para siempre, así por lo precedente como para lo sucesivo, continuemos.

Entonces conoció que hasta aquel momento no había comprendido ni á su patria ni á su padre. No había conocido á la una ni al otro; había tenido una especie de velo voluntario ante los ojos.

Ahora veía claro; y por una parte admiraba y adoraba por otra.

Estaba agobiado de pesares y de remordimientos; pensaba desesperado que no podía decir todo lo que tenía en el alma sino á una tumba. ¡Oh! si su padre hubiera vivido, si le tuviera todavía: si Dios, compadecido y bondadoso, hubiera permitido que viviese aún, ¡cómo habría corrido, cómo se habría precipitado, cómo habría gritado á su padre!: ¡Padre! ¡Mírame! ¡Soy yo! ¡Yo, que tengo tu mismo corazón! ¡Soy tu hijo! ¡Cómo habría abrazado su encanecida frente, inundado sus cabellos de lágrimas, contemplado su cicatriz, estrechado sus manos, adorado sus vestidos, besado sus plantas! ¡Oh! ¡Por qué había muerto su padre tan pronto, antes de tiempo, antes de la justificación, antes del amor de su hijo! Mario tenía un eterno sollozo en su corazón, que exhalaba á cada instante un ¡ay! Al mismo tiempo se hacía más formal, más grave; se afirmaba en su fe y en su modo de pensar. A cada momento venía un nuevo rayo de luz de la verdad á completar su razón; verificábase en él como un crecimiento interior. Sentía una especie de engrandecimiento natural, producido por dos cosas nuevas para él: su patria y su padre.

Como sucede cuando se posee una clave, todo se abría para él; se explicaba lo que había odiado, y penetraba en lo que había aborrecido. Veía claramente el sentido providencial, divino y humano de las grandes cosas que le habían inducido á detestar, y de los grandes hombres á quienes le habían enseñado á maldecir. Cuando pensaba en sus antiguas ideas, que no eran más que de ayer, y que sin embargo le parecían rancias, se indignaba y sonreía.

De la rehabilitación de su padre había pasado, naturalmente, á la rehabilitación de Napoleón.

Sin embargo, debemos decir, que ésta no se había verificado sin esfuerzo.

Desde la infancia se le había imbuído en el juicio que el partido de 1814 había formado de Bonaparte. Ahora bien; todas las precauciones de la Restauración, sus intereses y sus instintos tendían á desfigurar á Napoleón. Le execraba más todavía que á Robespierre; se había explotado hábilmente el cansancio de la nación y el odio de las madres. Bonaparte había llegado á ser una especie de monstruo casi fabuloso, y para presentarle á la imaginación del pueblo, que, como hemos indicado hace poco, se parece á la imaginación de los niños, el partido de 1814 hacía aparecer sucesivamente espantosos todos los disfraces, desde lo terrible, sin dejar de ser grandioso, hasta lo terrible que llega á ser grotesco; desde Tiberio al Coco.

Así es, que hablando de Bonaparte, cada uno podía libremente llorar ó reventar de risa, con tal que le odiase. Mario no había tenido nunca acerca de "aquel hombre"—como le llamaban—otras ideas que esas, las cuales se habían combinado en su espíritu con la tenacidad propia de su carácter. Había realmente en su interior otro pisaverde testarudo que odiaba á Napoleón.

Pero leyendo la historia, estudiándola en los documentos y en los materiales, fuese rasgando poco á poco el velo que cubría á Napoleón á los ojos de Mario.

Entrevió primero algo inmenso, y sospechó que se había engañado acerca de Bonaparte como en lo demás; cada día veía más claro, y empezó á subir lentamente, paso á paso, primero casi con sentimiento, y después con embriaguez y como atraído por una fascinación irresistible, los escalones sombríos, luego los alumbrados vagamente, y por último los luminosos y espléndidos del entusiasmo.

Una noche estaba solo en su cuartito, junto al tejado. La vela estaba encendida; leía, apoyado de codos en la mesa, al lado de la ventana abierta. Una multitud de pensamientos surgiendo del espacio, iban á mezclarse con sus ideas. ¡Qué espectáculo es la noche!

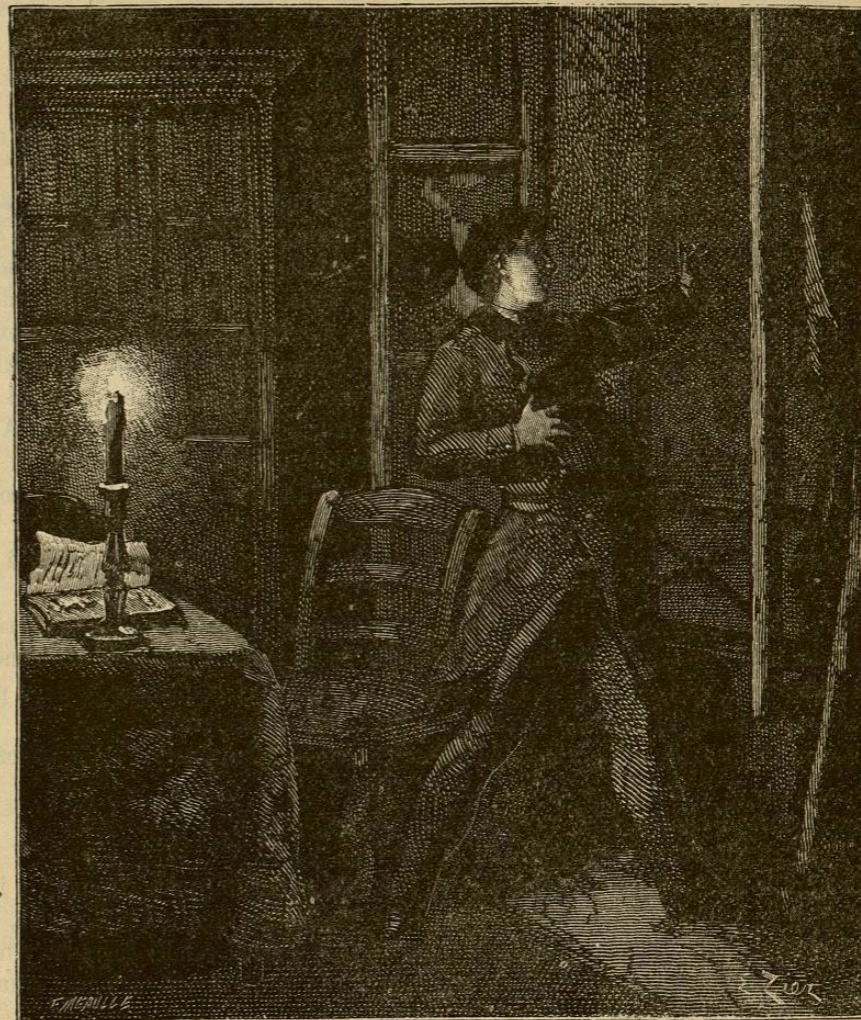
Oyense ruidos sordos sin saber de dónde vienen; se ve resplandecer como un ascua entre cenizas á Júpiter, que es mil doscientas veces más grande que la tierra; el azul es negro, las estrellas brillan; es imponente.

Leía los boletines del gran ejército, aquellas estrofas homéricas escritas sobre el campo de batalla; veía en ellos por intervalos el nombre de su padre, y siempre el nombre del emperador; aparecía á sus ojos todo el gran imperio, sentía como una marea que se elevase en su interior; en algunos momentos le parecía que pasaba su padre á su lado como un soplo y le hablaba al oído; íbase abstrayendo poco á poco; creía oír los tambores, el cañón, las cornetas, el paso regular de los batallones, el galope sordo y lejano de la caballería; de cuando en cuando sus ojos se elevaban al cielo, y veía brillar en las profundidades sin fondo las constelaciones colosales; bajábalos después al libro, viendo moverse confusamente otras cosas colosales. Tenía el corazón oprimido. Estaba transportado, tembloroso, anhelante. De pronto, sin saber él mismo lo que por él pasaba, ni á qué fuerza secreta obedecía, se levantó, extendiendo ambos brazos fuera de la ventana, miró fijamente á la sombra, al silencio, al tenebroso infinito, á la inmensidad eterna, y gritó: ¡Viva el emperador!

Desde aquel momento todo estaba dicho: el ogro de Córcega,—el usurpador,—el tirano,—el monstruo, que había sido amante de sus hermanas—el histrión, que recibía lecciones de Talma,—el envenenador de Jafa,—el tigre,—Bonaparte,—todo esto se desvaneció abriendo campo en su espíritu á un vago y luciente fulgor, que alumbraba hasta una altura inaccesible el pálido fantasma de marmol de César. El emperador no había sido para su padre sino el querido capitán á quien admiraba, y por quien se sacrificaba el soldado; para Mario fué algo más; fué el constructor predestinado del grupo francés, sucediendo al grupo romano en la dominación del universo; fué el prodigioso arquitecto de un cataclismo, el continuador de Carlo Magno, de Luis XI, de Enrique VI, de Richelieu, de Luis XVI y del comité de Salvación pública; teniendo sin duda sus defectos, sus faltas, sus crímenes, es decir, siendo hombre: pero augusto en sus faltas, brillante en sus defectos, poderoso en sus crímenes.

Fué el hombre predestinado que obligó á todas las naciones á decir:—la gran nación;—fué más todavía, fué la encarnación de Francia, conquistando la Europa con la espada, y el mando con la luz que despedía. Mario vió en Bonaparte el espectro deslumbrador que se levantará siempre en la frontera y guardará el porvenir. Déspota, pero dictador; déspota resultante de una república, y simbolizando una revolución: Bonaparte fué para él, el hombre-pueblo, así como es Jesús el Hombre-Dios.

Vese, pues, que, al igual de todos los recién convertidos á una religión, su conversión le embriagaba; le precipitaba y llevaba quizá demasiado lejos su adhesión. Su índole era ésta; puesto en una pendiente le era casi imposible detenerse. El fanatismo por el sable le arrebatava; y se complicaba en su espíritu con el en-



tusiasmo por la idea. No conocía que con el genio admiraba juntamente la fuerza, es decir, que instalaba en los dos recintos de su idolatría lo divino y lo brutal. Bajo diversos conceptos, habíase equivocado nuevamente.

Todo lo admitía. Tal es el modo de encontrar el error en el camino por donde se busca la verdad. Tenía cierta buena fe violenta, que todo lo abrazaba en conjunto. Así en la nueva vía en que había entrado, al juzgar los errores del antiguo régimen, lo mismo que al medir la gloria de Napoleón, despreciaba las circunstancias atenuantes.

Sea como fuere, Mario había dado un gran paso. Donde viera antes la caída de la monarquía, veía ahora el porvenir de Francia. Había cambiado de orientación. Lo que había sido el Ocaso era el Levante. Dió una vuelta en redondo.

Verificábanse en él todas estas revoluciones sin que su familia lo sospechase.

Cuando en esta misteriosa tarea hubo perdido del todo su antigua piel de borbónico y de ultra; cuando se despojó del traje de aristócrata, de jacobino y de realista; cuando fué completamente revolucionario, profundamente demócrata y casi republicano, fuése á casa de un grabador de la calle de Orfèvres y mandó hacer cien tarjetas con su nombre, en que se leía: "El barón Mario de Pontmercy".

Lo cual era una consecuencia lógica del cambio que se había operado en él; cambio en que todo gravitaba al rededor de su padre.

Solamente que como no conocía á nadie, y no podía dejar las tarjetas en ninguna portería, se las guardó en el bolsillo.

Por otra consecuencia natural, á medida que se aproximaba á su padre, á su memoria, á las cosas por qué el coronel había peleado veinticinco años, se iba alejando de su abuelo. Ya lo hemos dicho, desde muy antiguo no gustaba del carácter del viejo Guillenormand. Entre ambos había ya todas las disonancias que puede haber entre un joven grave y un viejo frívolo. La alegría de Geronte choca y exaspera á la melancolía de Werther. Mientras habían sido comunes en ellos las opiniones políticas y las ideas, Mario se había encontrado como en un puente con el señor Guillenormand; mas cuando ese puente se hundió, los separó el abismo. Además, Mario sentía inexplicables impulsos de rebelión cuando recordaba que el señor Guillenormand, por motivos estúpidos, le había apartado sin piedad del coronel, privando al hijo del padre y al padre del hijo.

A fuerza de lástima por su padre, había casi llegado á tener aversión á su abuelo.

Pero nada de esto, como hemos dicho, se traslucía exteriormente. Tan sólo se mostraba más frío de día en día, más lacónico en la mesa, y con más frecuencia se ausentaba de la casa. Cuando su tía le reprendía era muy respetuoso, y daba por pretexto sus estudios, el curso, los exámenes, las conferencias, etc.

El abuelo no salía de su infalible diagnóstico:—¡Enamorado! Ya conozco eso.

Mario hacía de cuando en cuando algunas escapatorias.

—Pero ¿á dónde va?—preguntaba la tía.

En uno de estos viajes, siempre cortos, fué á Montfermeil para cumplir la indicación que su padre le había hecho, y buscó al antiguo sargento de Waterloo, al posadero Thénardier. Thénardier había quebrado; la posada estaba cerrada, y nadie sabía qué había sido de él. Mario, con motivo de estas investigaciones, estuvo cuatro días fuera de su casa.

—Decididamente,—dijo el abuelo,—se extravía.

Habíase creído adivinar que llevaba bajo la camisa, y sobre el pecho, algo sujeto con una cinta negra que pendía del cuello.

VII

Algún amorcillo.

Hemos hablado de un lancero.

Era un tercer sobrino del señor Guillenormand por parte de padre, el cual llevaba, lejos de la familia y del hogar doméstico, la vida de guarnición. El teniente Teódulo Guillenormand tenía todas las condiciones necesarias para ser lo que se llama un lindo oficial. Tenía "el talle de una señorita", cierto modo de arrastrar el sable, y llevaba el bigote retorcido. Iba raras veces á París, tanto, que Mario no le había visto nunca. Los dos primos sólo se conocían de nombre.

Teódulo era, según creemos haber dicho ya, el favorito de la tía Guillenormand, que le prefería, porque no le veía. No ver á las gentes permite suponerles todas las perfecciones. Una mañana la señorita Guillenormand mayor entró en su cuarto tan conmovida como podía estarlo su placidez. Mario acababa de pedir á su abuelo permiso para hacer un viaje, diciendo que pensaba partir aquella misma noche. ¡Anda! le había respondido el abuelo. Y Guillenormand había añadido aparte, arqueando las cejas hacia lo alto de la frente: ¡Duerme fuera y reinicide! La señorita Guillenormand había subido á su cuarto muy cavilosa, dejando escapar en la escalera esta exclamación:—"¡Es ya mucho!" Y esta interrogación:—"¿Pero á dónde va?" Entreveía alguna aventura de corazón más ó menos ilícita, alguna mujer en la sombra, una cita, un misterio, y no le hubiera disgustado haberle podido echar el lente. Gustar un misterio es como alcanzar las primicias de un escándalo; y esto no lo detestan las almas más santas. Hay en los secretos receptáculos de la mojigatería, cierta curiosidad por el escándalo.

Veíase, pues, dominada por el vago apetito de saber una historia.

Para distraerse de esta curiosidad, que la agitaba un poco más de lo acostumbrado, había echado mano de sus habilidades, y se había puesto á festonear con algodón, y sobre algodón, uno de esos bordados del Imperio y de la Restauración, en que se ven muchas ruedas de cabriolé. Obra chavacana, obrera ruda. Estaba hacía algunas horas sentada en su silla, cuando se abrió la puerta. La señorita Guillenormand levantó la nariz; el teniente Teódulo estaba en su presencia, haciéndole el saludo de ordenanza. Lanzó ella un grito de alegría. Se puede ser vieja, mojigata, devota y tía; pero no hay mujer que no se alegre al ver entrar en su cuarto un lancero.

—¡Tú aquí, Teódulo!—exclamó.

—De paso, tía.

—¡Pero, abrázame!

—¡Ya está!—dijo Teódulo.

Y la abrazó. La tía Guillenormand fué á su secreter, y le abrió.

—¿Te quedarás con nosotros una semana al menos?

—Tía mía, parto de nuevo esta misma tarde.

—¡No es posible!

—Matemáticamente.